

LOS  
PELIGROS  
DE LA  
FE  
SUPERFICIAL

**Libros de A. W. Tozer publicados por Portavoz:**

*Diseñados para adorar*

*Fe auténtica*

*Fe más allá de la razón*

*Los peligros de la fe superficial*

*El poder de Dios para tu vida*

*La presencia de Dios en tu vida*

*La verdadera vida cristiana*

---

A.W. TOZER

*Compilado y editado por James L. Snyder*

LOS  
PELIGROS  
DE LA  
FE  
SUPERFICIAL

¡DESPIERTA DEL LETARGO ESPIRITUAL!



EDITORIAL  
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The Dangers of a Shallow Faith* © 2012 por James L. Snyder y publicado por Regal, de Gospel Light, Ventura, California, USA. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Los peligros de la fe superficial* © 2015 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Daniel Menezo

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ  
2450 Oak Industrial Dr. NE  
Grand Rapids, MI 49505 USA  
Visítenos en: [www.portavoz.com](http://www.portavoz.com)

ISBN 978-0-8254-5614-5 (rústica)  
ISBN 978-0-8254-6409-6 (Kindle)  
ISBN 978-0-8254-8543-5 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 24 23 22 21 20 19 18 17 16 15

*Impreso en los Estados Unidos de América*  
*Printed in the United States of America*

# CONTENIDO

---

Prefacio del pastor <i>Gary Wilkerson</i> .....	7
Introducción: Un auténtico profeta de la Iglesia. ....	9

## **Primera parte:**

### **Los peligros a los que se enfrenta la iglesia evangélica**

1. Al borde de la apostasía .....	15
2. La búsqueda de un sustituto de Dios. ....	29
3. La plataforma para la enseñanza falsa. ....	41
4. El efecto del letargo espiritual .....	53
5. El proceso de deslizarse .....	63
6. La ley irrefrenable de las consecuencias. ....	75

## **Segunda parte:**

### **Los retos a los que se enfrenta la iglesia evangélica**

7. Los orígenes del peligro en la Iglesia. ....	87
8. El peligro de la victoria y la derrota. ....	97
9. El peligro de la esclavitud y la libertad. ....	107
10. El peligro de la ociosidad y del trabajo excesivo .....	119
11. El peligro de la prosperidad y la adversidad .....	131
12. El peligro de la vida pospuesta .....	145

## **Tercera parte: El camino para superar esos retos**

13. Resistamos a la propaganda del mundo .....	157
14. Contemplemos nuestros caminos .....	169

15. Vivamos la dinámica del reino de Dios .....	181
16. Preparémonos para librar la buena batalla.....	193
17. Vivamos como cristianos con propósito .....	207
Apunte biográfico de A. W. Tozer .....	215

## — PREFACIO —

El mensaje de A. W. Tozer que estás a punto de leer es algo que muchísimas personas en la iglesia moderna tienen que escuchar. Dios nos ha llamado a caminar en una profunda intimidad con Él, pero muchos de nosotros no hacemos más que rozar la superficie. Este libro no solo identifica algunos de los problemas que quizá limiten nuestra vida en Cristo, sino que también nos anima a conocer a Dios más plenamente. La verdad de las palabras de Tozer nos exhortará a no conformarnos con nuestro entendimiento actual de Dios. Hay un fuego que Dios quiere encender y reavivar en nosotros para que busquemos el misterio de su voluntad (ver Ef. 3:9), que ha prometido revelar a quienes lo busquen.

Cada vez que ordeno a un ministro o un pastor para fundar una iglesia, leo estas palabras que A. W. Tozer oró el día en que fue ordenado:

*Soy tu siervo para hacer tu voluntad, y esa voluntad es para mí más dulce que la posición, las riquezas o la fama, y la prefiero por encima de todas las cosas en la Tierra o en el cielo. Aunque me has elegido y me has honrado con un llamado alto y santo, no permitas que olvide jamás que no soy más que un hombre de polvo y de ceniza, un hombre con todas las lacras y pasiones naturales que afectan a la raza humana. Por lo tanto, te ruego, mi Señor y Redentor, que me libres de mí mismo y de todos los perjuicios que podría causarme en mi intento de ser bendición para otros. Lléname de poder por el Espíritu Santo, y caminaré en tu fortaleza, y contaré de tu justicia y solo de la tuya. Procla-*

*maré el mensaje del amor redentor mientras esté en pleno uso de mis facultades.*

Incluso esta breve porción de la oración de Tozer expresa la humildad con la que abordó su llamamiento. No hay una actitud mejor con la que aventurarse en el ministerio que con la profundidad sobria, pero llena de fe, de Tozer. Muy pocos hombres de Dios en la historia han podido explorar hasta tal punto la profundidad de Dios mientras, al mismo tiempo, han disfrutado de las alturas de su amor.

Sin embargo, las obras de Tozer no son solo para ministros. Recomiendo este libro a cualquier persona que tenga un corazón conforme al de Dios. El reverendo James Snyder ha hecho un trabajo magistral al recopilar estas obras, y le doy las gracias por haberlas dotado de una forma que se podrá conservar para las generaciones venideras. Estas son palabras que no deberían perderse en los archivos de la historia, sino que deben seguir proclamando la verdad relevante en nuestra iglesia contemporánea.

Ruego al Señor que Él te bendiga y te exhorte a comprender la profundidad de Cristo mientras lees este libro.

Con amor en Cristo,

Pastor Gary Wilkerson  
Presidente de *World Challenge, Inc.*  
Pastor principal de *The Springs Church* en  
Colorado Springs, Colorado



## UN AUTÉNTICO PROFETA DE LA IGLESIA

A lo largo de la historia, la Iglesia se ha visto inundada de profetas autoproclamados. Siempre que oigo hablar de personas así, no puedo por menos que pensar en el mandamiento de Dios a los israelitas en Deuteronomio 18:22: “Si el profeta hablare en nombre de Jehová, y no se cumpliere lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló el tal profeta; no tengas temor de él”.

Es peligroso que una persona afirme ser profeta. De todos los ministerios expuestos en las Escrituras, lo más fácil es discernir cuándo una persona no transmite un mensaje profético auténtico de parte de Dios. Quizá Pablo tenía esto en mente cuando escribió: “Asimismo, los profetas hablen dos o tres, y los demás juzguen. Y si algo le fuere revelado a otro que estuviere sentado, calle el primero. Porque podéis profetizar todos uno por uno, para que todos aprendan, y todos sean exhortados. Y los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas; pues Dios no es Dios de confusión, sino de paz, como en todas las iglesias de los santos” (1 Co. 14:29-33).

Lamentablemente, hoy día parece que muchos miembros de la Iglesia aceptan a *cualquier* persona que se considere profeta. Están pendientes de todas las palabras que dice, independientemente de si lo que vaticina nunca llega a hacerse realidad. Lo

que importa es la oratoria del momento. Sin embargo, los profetas que hallamos en las Escrituras pronunciaron unas palabras que sí se cumplieron. En el Antiguo Testamento, los profetas hablaron de cosas por venir, mientras que, en el Nuevo Testamento, fueron una especie de detectores de los problemas de la Iglesia, señalando los errores y las herejías, y luego ofreciendo la solución de un modo que encaminaba al grupo de creyentes de vuelta a Cristo. Veían con claridad, hablaban sin tapujos y pocas veces se lo agradecía nadie. Como dijo Jesús con tanta elocuencia: “No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su casa” (Mt. 13:57).

Por lo que respecta a este tipo de profetas, A. W. Tozer destaca sobre los demás. Empieza su libro afirmando que “me arriesgaré un poco y profetizaré”. Nos dice que puede imaginar un momento venidero en que aquellos que están en la Iglesia abandonarán el movimiento evangélico; un momento cuando “la casa quedará desolada, y no habrá en medio de ellos un hombre de Dios, un hombre en quien habite el Espíritu Santo”. Es pertinente decir que hemos vivido para ver cómo se cumple el principio de esta profecía. Y, desgraciadamente, como los profetas auténticos del pasado, la iglesia evangélica ha oído a Tozer pero no le ha escuchado.

La crítica que hizo Tozer de la Iglesia nunca se basó en la malicia, sino más bien en un amor profundo por el cuerpo de los creyentes en Jesucristo. Tenía una visión penetrante de la Iglesia, que estaba profundamente enraizada en la verdad bíblica (una verdad que no cambia con el paso del tiempo), y entendía que muchos de los problemas a los que se enfrentaba la Iglesia eran aquellos que ya padecieron sus antepasados unas generaciones antes. El predicador de la antigüedad dijo con razón en Eclesiastés: “¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol” (Ec. 1:9).

Por este motivo, cuando Tozer veía que dentro de una congregación pasaban cosas que él creía perjudiciales para el desarrollo espiritual de sus miembros, se encendía y hablaba valientemente contra ellas. Sin embargo, también señalaba siempre la salida. Llamaba al peligro por su nombre, y luego ofrecía al grupo al que acusaba una solución bíblica centrada en Cristo. Al escribir este libro, el meollo del peligro que Tozer percibía era una fe superficial que conducía al letargo espiritual. Este trastorno espiritual hacía que la Iglesia fuera vulnerable a los ataques del enemigo.

El remedio que proponía Tozer era tan drástico como exigía el problema espiritual de la Iglesia. Una de las cosas que subrayaba era el hecho de que el mundo influía demasiado en los cristianos, y que los creyentes debían separarse de él. Esta idea de separación del mundo se ha perdido en esta generación de cristianos. La Iglesia está tan inmersa en el mundo que la rodea que ambas esferas son, esencialmente, la misma. No obstante, Tozer admitía que a menos que los creyentes estuvieran separados del mundo, sucumbirían al letargo espiritual.

Tozer no podía aceptar una actitud juvenil entre los creyentes de la Iglesia. No podía tolerar a los cristianos que se aburrían fácilmente y buscaban entretenimientos para aliviar su tedio. Para Tozer, el entretenimiento no era otra cosa que la Iglesia que se sincronizaba con el mundo y sucumbía a él. Para él era absurdo que la Iglesia quisiera “ponerse al día” con el mundo a su alrededor. Según la forma de pensar de Tozer, una iglesia mundana era un contrasentido y un anatema flagrante.

A medida que lees este libro descubrirás que los problemas que Tozer señaló en su época siguen activos hoy. ¡Podemos decir con sinceridad que la Iglesia ya ha pasado por lo mismo antes! Por el motivo que sea, cada generación de cristianos cree que necesita “inventar la rueda” espiritual, pero Tozer pudo ver por encima y más allá de todo esto, porque no se concentraba

en las tendencias pasajeras. Sabía que las modas vienen y van, y que, una vez que la gente se adapta a una tendencia, esta ya ha pasado, y hay otra a la vuelta de la esquina. Como los profetas de las Escrituras, veía con claridad y hablaba sin tapujos, y su evaluación de la Iglesia era correcta en su tiempo... y también en el nuestro.

Este libro no está lleno solo de negativismos, aunque tiene una buena cantidad. Sin embargo, en mitad de todo lo negativo existe una esperanza positiva para el alma sedienta de Dios.

Reverendo James L. Snyder

PRIMERA PARTE



LOS PELIGROS  
A LOS QUE  
SE ENFRENTA  
LA IGLESIA  
EVANGÉLICA



## AL BORDE DE LA APOSTASÍA

*que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita. Porque de éstos son los que se meten en las casas y llevan cautivas a las mujercillas cargadas de pecados, arrastradas por diversas concupiscencias. Estas siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad.*

2 TIMOTEO 3:5-7

La iglesia evangélica en Estados Unidos se enfrenta a algunos peligros graves que amenazan con llevarla al borde de la apostasía. Ruego a Dios que no sea demasiado tarde para un avivamiento que conduzca a una renovación eficaz.

Mi uso del adjetivo “evangélico” incluye a todas las iglesias que son fundamentalistas, del evangelio pleno, de la santidad, anabaptistas y pentecostales, es decir, todas las iglesias evangélicas que creen en la Biblia y proclaman a Jesucristo como único Salvador del mundo. No tengo nada que decir a una iglesia distinta a estas.

Me sorprende cuán dividida está la iglesia evangélica en Estados Unidos, lo cual me recuerda la tarta de manzana que preparaba mi madre. Independientemente de lo estrechas que sean las porciones, cada una cree que es mejor que el resto de la tarta. A pesar de que la “tarta” incluye los mismos ingredientes,

pasa por el mismo proceso y se dora en el mismo horno, cada porción se siente superior a la de al lado.

Una estrofa del himno “Firmes y adelante”, de Sabine Baring-Gould (1834-1924) lo dice como debería ser:

Muévese potente  
la iglesia de Dios;  
de los ya gloriosos  
marchamos en pos.  
Somos solo un cuerpo,  
y uno es el Señor,  
una la esperanza  
y uno es nuestro amor.  
(Trad. Juan B. Cabrera)

El significado de las palabras de este himno se centra en el punto en el que Dios quiere que ocupemos como su Iglesia en esta generación.

Permíteme que me arriesgue un poco y profetice. Veo llegar un tiempo en que todos los hombres santos cuyos ojos ha abierto el Espíritu Santo abandonarán el evangelicalismo mundano, uno tras otro. La casa quedará desolada, y no habrá un solo hombre de Dios, un hombre en el que habite el Espíritu Santo, entre todos ellos.

## La maldición de la mundanalidad

Oigo a Jesús decir: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!” (Mt. 23:37). Tal y como está la Iglesia ahora, al hombre que percibe esta condición en que se encuentra el mundo evangélico mundano se le tacha de fanático. Pero llega



el día en que la casa quedará desolada y no habrá un solo hombre de Dios en medio de ellos.

Me gustaría vivir lo suficiente para observar este proceso y ver cómo acaban las cosas. Me gustaría ver ese momento en que los hombres y mujeres de Dios (santos, separados e iluminados espiritualmente) saldrán de la iglesia evangélica y formarán un grupo propio; cuando abandonarán el barco que se hunde permitiendo que se vaya a pique en las aguas salobres de la mundanalidad, y construirán una nueva arca para capear la tempestad.

La Biblia no tiene ningún compromiso con el mundo. La Biblia tiene un mensaje para la iglesia evangélica, a la que llama de vuelta al hogar. La Biblia siempre nos envía al mundo, pero nunca para hacerle concesiones, ni a caminar como él lo hace, sino solo para salvar a todos los que sea posible. Esta es la única dirección.

Por lo tanto, amigo cristiano, si te estás acomodando, relajándote en tu mullido sofá y descansando en tu fe en Juan 3:16 y en el hecho de que has puesto tu confianza en Jesucristo, mejor será que te mires a ti mismo. Cuídate, no sea que también tú seas hallado falto. Vigila tu propio corazón, no sea que, cuando llegue el último momento, el mundo te haya encadenado.

Al echar la vista atrás sobre la historia de Israel en el Antiguo Testamento, no puedo menos que darme cuenta de que cada tercera generación tenía que desprenderse de todos los añadidos religiosos de la generación anterior y volver al original. Empezó con los Padres fundadores, que establecieron su nación sobre la Palabra clara del Señor. Los hijos de los Padres empezaron a dar por hecho ese fundamento, añadiendo elementos insustanciales mientras permitían que se fueran desdibujando los componentes esenciales. Entre los nietos encontramos una falta absoluta de respeto por los abuelos que establecieron Israel, desvinculando por completo a toda la nación israelita de su fundamento

y sin tener para nada en cuenta la advertencia de los profetas: “No traspases los linderos antiguos que pusieron tus padres” (Pr. 22:28).

Buscaron otros dioses que satisfacían sus deseos en ese momento. Miraban con envidia a las naciones circundantes y empezaron a adoptar los dioses paganos de sus vecinos. Pronto también adoptaron la cultura de las naciones adyacentes, y resultaba difícil encontrar alguna diferencia entre un israelita y un filisteo.

Luego llegó la siguiente generación, cansada de las tonterías religiosas acumuladas con el paso del tiempo. Buscaron algo genuino; invariablemente se toparon con la Palabra de Dios y, en un acto de desespero, se libraron de toda la parafernalia religiosa que formó parte de la generación anterior. La generación más joven recuperó con grandes expectativas lo que en otro tiempo fuera poderoso y dinámico. Hoy día lo llamaríamos despertar o avivamiento. Un verdadero avivamiento o despertar conduce a una renovación drástica.

A menudo es la generación más reciente la que logra ver más allá del laberinto de engaño y corrupción y anhela algo genuino, que tenga sustancia. Esto no solo fue así con la antigua Israel, sino que también lo es con la Iglesia. La historia de la Iglesia manifiesta este patrón en casi todas las generaciones. Cuando se produjo un movimiento de Dios entre un grupo de personas, se sintieron tan llenos de deseos santos que los movimientos, a los que llamamos avivamientos o despertares, empezaron a arrastrar a hombres y a mujeres al reino de Dios.

Podría señalar a los valdenses, que iniciaron un movimiento en la Edad Media; a Martín Lutero y el gran movimiento de la Reforma en el siglo XVI; a Juan y Carlos Wesley, en el siglo XVIII. De su pasión ardorosa por Dios nació el gran movimiento llamado metodismo, que salvó a Inglaterra de una catástrofe nacional. Estos grandes movimientos no solo fueron propiedad

de Dios sino que fue Él mismo quien les dio origen, quien halló corazones hambrientos de algo que solo Dios podía darles. Sería complicado adivinar cuántas personas llevaron al reino de Dios estos movimientos imbuidos de la pasión santa por Dios.

El patrón comenzó con los padres de la iglesia. Entonces vinieron los hijos e intentaron que el movimiento siguiera en marcha, que el fuego siguiera ardiendo, quisieron asegurarse de que copiaban exactamente lo que hicieron sus Padres. Solo duró una generación, y luego llegó la siguiente y se encontró lastrada por trastos religiosos que no tenían absolutamente nada que ver con sus raíces espirituales. “¿Por qué hacemos esto? ¿Por qué no hacemos lo otro?”. Pronto los nietos permitían que el mundo que los rodeaba se infiltrara en su comunión, y al cabo de poco tiempo ya no había diferencias visibles entre la Iglesia y el mundo. La cultura del mundo se había adueñado de la Iglesia.

Sí, es cierto que los nietos se parecían a sus abuelos. Algunos de ellos incluso hablaban en el dialecto religioso de aquellos. Desde el punto de vista práctico, eran los nietos que perpetuaban la obra de sus abuelos. Sin embargo, no eran sus abuelos. Lo que era esencial para los abuelos se volvió secundario para los nietos. En lugar de permitir que su religión los propulsara con una pasión santa, intentaron ser ellos quienes la impulsaran, y esa carga los condujo al cansancio, al agotamiento religioso y al colapso. Buscaron alivio en el mundo mediante un compromiso. Negociar con el mundo es poner en peligro el sentido de la presencia de Dios.

Calculo que ninguna denominación ha sobrevivido a su centésimo aniversario sin haber pasado por un cambio drástico de dentro afuera. El apóstol Pablo nos advierte que algunos pueden tener “apariencia de piedad, pero negar la eficacia de ella” (2 Ti. 3:5). Añade, como conclusión: “a éstos evita”.

Cuando una generación se muestra insatisfecha con el estado de las cosas y siente un hambre de Dios que el ritual y la tradi-

ción no pueden satisfacer, en su mayoría no acostumbran salir de la jerarquía religiosa. Esta generación vendrá pisando firme, sin ceremonias, con una pasión por Dios tan grande que derribará todo lo que encuentre a su paso, saltándose los protocolos religiosos, ofendiendo a los fariseos y escribas de la religión que estén al mando en ese momento. Los líderes religiosos los condenarán e intentarán expulsarlos de “la Iglesia”. Sin embargo, ellos son Iglesia e insuflan en una nueva generación una pasión santa e inextinguible por la persona de Dios.

Aquí es donde se encuentra la iglesia evangélica de nuestra generación. Nos enfrentamos a este peligro y, en su mayor parte, nadie enumera esos riesgos. Quiero compartir una parte de mi opinión al respecto. Quizá mis humildes esfuerzos puedan suscitar, en los corazones de los miembros de una nueva generación, el anhelo y la pasión por esa realidad que solo proceden de una relación íntima y personal con Dios por medio del Señor Jesucristo.

Cuando observo a la iglesia evangélica moderna, veo ciertos problemas que hay que abordar. El primero es el espíritu de Babilonia.

## El espíritu recalcitrante de Babilonia

Creo que hoy día el espíritu de Babilonia invade la Iglesia hasta el punto de dominarla. Todo el que haya leído el Antiguo Testamento entiende la importancia del término “Babilonia”. Si no sabes mucho sobre el tema, déjame exponerte las características asociadas con el espíritu de Babilonia.

### **El espíritu del entretenimiento**

Este espíritu de Babilonia, bajo la forma del entretenimiento, no solo se ha infiltrado en la Iglesia, sino que esta le ha dado la bienvenida por la puerta grande, con los brazos abiertos, y ha

entrado como una avalancha. Me parece incongruente que una generación de cristianos aborrezca hasta tal punto los éxitos de sus antecesores y el sacrificio asociado con la fe que antes se exponía que jugueteen con la actitud frívola y el espíritu del “entretenimiento”. No adoramos a Dios en su trono, sino que hemos llegado al punto de adorar la sombra de ese trono.

Hoy día el cristiano medio es adicto a los placeres externos. ¿Actualmente podría sobrevivir una iglesia cristiana si careciera de cierta dosis de entretenimiento? Es la cultura de la diversión, diversión y más diversión. La actuación ha sustituido a la adoración. Ya no tenemos adoradores, sino observadores y espectadores que se sientan expectantes para ver la actuación. Lo que pide la gente es algo que les haga sentirse bien consigo mismos y les haga olvidar todos sus problemas.

Los padres de la iglesia eran adoradores fanáticos, y su adoración conllevaba un precio elevado que, dicho sea de paso, ellos pagaron alegre y animosamente. Ahora sus nietos son observadores que sienten el deseo de disfrutar de un entretenimiento desbocado. Son adictos, con un apetito insaciable, a tener una emoción seguida de otra aún mayor. Son tan fanáticos del entretenimiento como lo fueron sus padres de la adoración, lo cual explica la diferencia que apreciamos.

Para confundir y empeorar más las cosas, ahora tenemos lo que llamaré una adoración orientada al espectáculo. El mero hecho de incluir la palabra “adoración” en una expresión no significa que esa adoración sea aceptable para Dios. Danzamos ante Dios, con nuestros disfraces y cascabeles, pensando que de alguna manera así impresionamos al Dios Todopoderoso, Creador de cielos y Tierra.

Los padres de la iglesia venían ante la presencia de Dios imbuidos de una reverencia abrumadora, que los cautivaba y los llevaba ante Dios sumidos en un silencio santo. ¿Qué ha pasado hoy con la reverencia? ¿Dónde están aquellos dominados por el

espíritu de reverencia delante de su Dios? ¿Dónde aquellos que han experimentado el silencio sagrado en la presencia de Dios?

Hoy día también tenemos a celebridades que dirigen nuestra presunta adoración. Esto es un reflejo de la cultura que nos rodea. Para ser un líder de la Iglesia, un hombre ya no tiene que ofrecer una calidad espiritual, sino más bien una gran personalidad y el estatus de una celebridad. El jugador de fútbol americano convertido tiene más influencia en las iglesias modernas que el hombre que se arrodilla ante Dios con un corazón quebrantado, rogando por su comunidad. Ahora quienes nos dirigen son las celebridades, pero no nos conducen por el mismo camino que establecieron los padres de la iglesia.

### **El espíritu del letargo**

Todo esto ha logrado crear hoy día, dentro de la iglesia evangélica, un letargo espiritual. Como el término “letargo” no aparece en el lenguaje coloquial, seguramente necesito explicar un poco lo que quiero decir.

Con “letargo” me refiero a vivir aprovechando el impulso de ayer. Esto parece explicar el problema actual. Los padres de la iglesia no miraron atrás ni intentaron vivir en el pasado. Los padres de la iglesia miraron atrás para encontrar la brújula que les permitiera seguir avanzando con el poder y la manifestación del Espíritu Santo.

Si no sabemos dónde hemos estado, ¿cómo es posible que decidamos adónde nos dirigimos? Este es el único motivo para mirar atrás. No miramos atrás con objeto de volver atrás. No, miramos atrás para asegurarnos de que seguimos avanzando en la dirección correcta.

### **El espíritu de lo fácil**

Hoy día, en la Iglesia hay demasiadas personas que viven aprovechando la inercia del ayer. Sienten que han librado todas las

batallas. Dan por hecho que ya han acabado las luchas de la Iglesia. Son la generación privilegiada, la que irá al cielo sobre perfumados colchones de gracia.

Seguramente, el aspecto más desalentador de esto es que muchos se han acostumbrado a una condición estática, y han sucumbido al espíritu de la falta de expectativas. La única expectativa que tiene la mayoría es que, cuando mueran, esperan firmemente ir al cielo. Aparte de esto, piensan pasarse el tiempo divirtiéndose y disfrutando de su religión.

Los padres de la iglesia no disfrutaban de su religión. *El libro de los mártires* de John Foxe deja claro lo que les costó su religión. No esperaban que fuera nada fácil. Fue Carlos Wesley (1707-1788), en su maravilloso himno “Soldados de Cristo, levantad”, quien marcó el tono de su generación:

Soldados de Cristo, levantad  
y poned vuestra armadura,  
fortalecidos en Dios  
por su Hijo eterno.  
Con el Señor de los Ejércitos  
y su infinito poder,  
los que confiados siguen en pos de Él  
más que vencedores serán.

¿Dónde están hoy esos “soldados de Cristo”? ¿Dónde están aquellos que “confiados siguen en pos de Él”? ¿Dónde están aquellos vencedores dispuestos a seguir avanzando en conquista y para conquistar?

La tragedia de esta generación de cristianos es que se han infiltrado algunos hombres que han pasado desapercibidos, como profetizaron Pablo en su carta a los Romanos y Judas en su epístola. Hemos bajado la guardia, y esos falsos profetas se

han colocado en la tesitura de poder controlar el destino de la iglesia cristiana de esta generación.

## Dominados por los teólogos impotentes espiritualmente

Otra tragedia que asocio con la iglesia evangélica moderna es el hecho de que ha sido capturada y es rehén de teólogos impotentes espiritualmente. Me encanta la Palabra “teología”. Significa, sencillamente, “el estudio de Dios”, y en este mundo no hay empresa más digna de estudio. ¿Nuestros corazones tienen hambre de Dios, y se preguntan cuándo vendremos y nos presentaremos delante de Él?

Del término “teología” procede la palabra “teólogo”. Solía referirse a una persona que se había especializado en el estudio de Dios, pero ahora significa una persona experta en una porción del cristianismo. En muchos casos, esta porción es bastante reducida y está desconectada de todo lo demás.

Estos teólogos contemporáneos se centran en las minucias doctrinales. Son expertos en el área de repensar las posturas doctrinales a la luz de la sociedad y de la cultura contemporáneas. Por algún motivo creen que, como la sociedad ha cambiado tan drásticamente, nuestras posturas doctrinales deben cambiar en consecuencia. Por ejemplo, reexaminar la doctrina de la inspiración de las Escrituras es un ejercicio inútil.

Al dividir y reducir las posturas doctrinales, hemos llegado al punto de no saber lo que creemos. No solo esto, sino que también necesitamos nuevas traducciones de las Escrituras. Yo no estoy en contra de esto, en absoluto. Cada vez que se publica una nueva traducción, yo soy uno de los primeros en comprarla.

Sin embargo, una traducción nueva y actualizada de las Escrituras no es la respuesta. Es increíble constatar que la generación de cristianos que dispone de más versiones de la Biblia



que todas las otras generaciones juntas sea el grupo más débil de cristianos que se haya visto jamás.

Lo que nos hace mejores cristianos no es leer las Escrituras en los idiomas en que fueron escritas o en alguna versión contemporánea. Más bien, eso se consigue cayendo de rodillas con las Escrituras abiertas ante nosotros, y permitiendo que el Espíritu de Dios quebrante nuestros corazones. Entonces, cuando nos hayamos quebrantado profundamente delante del Dios Todopoderoso, nos levantamos, salimos al mundo y proclamamos el mensaje glorioso de Jesucristo, el Salvador del mundo.

Los expertos que lo saben todo menos lo que es esencial en la vida espiritual son quienes dirigen hoy nuestras iglesias. Lo que quiero saber es: ¿en qué son expertos? No parece que muchos de ellos sean expertos en conocer a Dios como lo conocieron los Padres. No parecen sentir ese tremendo temor reverente que predominaba en el movimiento de la iglesia primitiva. ¿Qué han hecho nuestros expertos por la Iglesia aparte de encajarla en una rutina, permitiendo que la ley dominara y controlara todo y negando el poder del Espíritu Santo? Me temo que hemos sido demasiado apologeticos con nuestras apologías y, al intentar complacer a todo el mundo, acabamos destruyendo la verdad.

Esto ha creado un sistema religioso de clases. Todos esos doctores tan sabios, con sus doctorados y sus narices hacia arriba, han provocado grandes problemas en la Iglesia de Jesucristo. ¿Es que no saben que el diablo es mejor teólogo que todos nosotros juntos? Las Escrituras nos dicen que el diablo tiembla delante de Dios, pero no tiene parte en el reino de este: “Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan” (Stg. 2:19).

Esto no hace más que demostrar la tiranía de la religión en el día de hoy. En la iglesia primitiva, todo el mundo formaba parte del equipo misionero. De todos ellos se esperaba que salieran al

mundo y predicaran el mensaje redentor y glorioso de Jesucristo. Sin duda que había categorías, como ancianos, obispos y apóstoles. La Iglesia funcionaba muy bien cuando todos los cristianos colaboraban entre sí, y cuando cada uno sabía cuál era su lugar y hacía su parte.

Ahora tenemos equipos de expertos que solo conocen la letra de la ley. Tenemos a personas que se han convertido en esnobs religiosos, que organizan un espectáculo para los cristianos, con la esperanza de que la ofrenda dominical sea más que suficiente para pagarles un estilo de vida basado en la codicia. No es difícil darse cuenta de que hoy día el espíritu de Babilonia, que crea la enfermedad del letargo espiritual, ha invadido la iglesia moderna, todo ello orquestado por unos teólogos espiritualmente impotentes.

Quitarle importancia al peligro supone arriesgar toda una generación de cristianos. Esta es la maldición de la apostasía. La apostasía nace cuando determinados hombres se infiltran sin que nadie se dé cuenta y sustituyen al Espíritu Santo como fuerza directiva del movimiento cristiano. La Iglesia nunca fue diseñada para que la dirigiesen hombres; más bien, el Espíritu Santo dio a luz a la Iglesia el día de Pentecostés como vehículo por medio del cual pudiera hacer su obra en cada generación.

Enfrentémonos a los peligros al ser conscientes de lo grave que es la situación. Entonces, con el poder y la manifestación del Espíritu Santo, destruyamos todas esas divisiones artificiales y toda esa jerarquía impotente que ha desarrollado la división en denominaciones. Volvamos al tipo de cristianismo que nació el día de Pentecostés y no estemos “otra vez sujetos al yugo de esclavitud” (Gá. 5:1).

## ¿Deberá Jesús llevar su cruz?

Thomas Shepherd (1665-1739)

---

¿Deberá Jesús llevar su cruz  
y verlo el mundo así?  
No, hay cruces para cada quien,  
cual una para mí.

Los santos que hoy gozando están  
aquí sufrir los vi,  
mas hoy sin llanto gustan ya  
eterno amor, sin fin.

Paciente llevaré mi cruz,  
pues me hace mucho bien;  
imitaré al Señor Jesús  
quien la cargó también.

Mi cruz con calma llevaré  
hasta que llegue al fin;  
después corona portaré,  
pues una es para mí.

(Trad. A. Fernández)

